Un Corazón en el Charco

Ranaldo era la ranita más feliz y saltarina de toda la Charca Escondida. Su piel, de un verde brillante salpicado de manchas pardas, se confundía perfectamente con las orillas musgosas. Su hogar era un paraíso: el agua era tan cristalina que se podían ver las piedras del fondo, las hojas de nenúfar eran enormes platillos verdes perfectos para las siestas bajo el sol de mediodía, y el aire estaba lleno del delicioso zumbido de las libélulas y mosquitos. A Ranaldo le encantaba saltar por los juncos y, sobre todo, organizar conciertos nocturnos de croar con sus amigos bajo la atenta mirada de la luna llena. La Charca Escondida era su mundo, y él era una pieza importante de su equilibrio.

Un martes, mientras Ranaldo intentaba cazar una mosca particularmente escurridiza que se burlaba de él, algo terrible y ajeno a la naturaleza sucedió. Una sombra gigante cayó sobre él, y de pronto, una mano enorme, cubierta con un guante de plástico que olía a medicamento, lo agarró con brusquedad. ¡No era la pata de una garza, era peor! Lo metieron en un frasco de cristal que amplificaba su miedo y lo sacaron de la Charca Escondida. El suelo se movía y Ranaldo rebotaba sin control. Su corazón le latía tan fuerte que parecía que iba a romper el cristal.

Escuchó voces de adultos, graves y llenas de prisa. Eran un equipo de biólogos que estaban realizando un estudio de campo en la zona.

—Este ejemplar de *Rana perezi* está perfecto —dijo una voz áspera—. Las dimensiones, el color... servirá para la exposición. Mañana mismo lo llevamos al laboratorio. Lo disecaremos y pasará a la colección del museo. Será un gran material didáctico.

Ranaldo, aunque no entendía todas esas palabras, captó el significado del tono: ¡él no quería ser una figura inmóvil en una caja de cristal para que lo miraran! Quería sentir la humedad de su charca, el suave balanceo de la hoja de nenúfar, y la emoción de un buen salto. La imagen de su familia y de su querido hogar se hizo pequeña y borrosa en su mente. Se sentía indefenso y solo, como si el color verde se hubiera ido del mundo.

El frasco fue colocado sobre una mesa plegable llena de papeles, lupas y aparatos. Por suerte, Ranaldo no estaba del todo solo. Cerca de él, un niño con una camiseta azul marino y pantalones llenos de barro, llamado Álex, ayudaba a organizar los materiales. Álex era el hijo de uno de los biólogos y, a diferencia de los adultos, se movía con respeto entre las plantas. Tenía una mirada profundamente amable y sus ojos eran del color del cielo despejado reflejado en un río limpio.

Álex se acercó para recoger unos cuadernos y vio a Ranaldo. Pudo ver el pánico en los ojos saltones de la pequeña criatura.

—Pobrecito —susurró Álex en un tono que Ranaldo sintió como un bálsamo—. Él no quiere ir a un museo. Su lugar no es una vitrina; su sitio es aquí, en el agua, donde come insectos, y ayuda a que las plantas crezcan. Es una pieza minúscula, pero vital, de la cadena de la vida en nuestro planeta.

Álex sabía en su corazón que no se puede *cuidar* la Tierra dañando a sus habitantes. Un verdadero protector de la naturaleza respeta cada vida. Se le ocurrió un plan rápido, un plan de rescate para el pequeño héroe verde.

Esperó pacientemente. Cuando los adultos se concentraron en discutir un mapa de la zona, Álex actuó. Metió el frasco de Ranaldo con cuidado en la bolsa de tela que llevaba, asegurándose de que la pequeña criatura no se lastimara. Salió de la zona de estudio con la espalda rígida por la emoción y el miedo a ser descubierto, y corrió. Corrió por la orilla, siguiendo el sonido inconfundible y fresco del agua de la Charca Escondida.

Al llegar a una zona de juncos altos, se detuvo. Álex abrió la mochila y destapó el frasco, inclinándolo hacia el suelo mojado.

—¡Vuelve a casa, Ranaldo! —le dijo con la voz entrecortada, pero llena de alegría.

Ranaldo sintió el aire familiar en su piel y, con un impulso lleno de la adrenalina de la libertad, saltó. ¡Fue el mejor salto de su vida! Aterrizó justo en el borde de su hoja de nenúfar favorita. El aire olía a tierra mojada, a vida y a hogar. Se volteó hacia Álex y croó un agradecimiento tan fuerte, tan lleno de júbilo, que resonó por toda la charca. Era un "gracias" en el lenguaje del agua y el barro.

Álex lo observó nadar un momento, feliz. Su corazón se sintió tan ligero como una pompa de aire que sube desde el fondo del estanque. Sabía que ese pequeño acto era lo más importante que había hecho ese día. Dejar a Ranaldo libre no era solo salvar a un animal, era proteger el delicado equilibrio de su entorno.

Antes de marcharse, Álex tomó un rotulador que tenía y escribió en un trozo de corteza de árbol, que luego dejó a la vista: "Cuidar el planeta es cuidar todo lo que tiene vida, por muy pequeño que sea. Respeta."

Y así fue como Ranaldo, la ranita de la Charca Escondida, volvió a croar feliz. Gracias a un niño que entendió que la mejor manera de salvar la Tierra es empezar por salvar a una sola ranita.

LUCAS MANRIQUE HUERTAS

COLEGIO SAN JUAN BAUTISTA – TOLEDO –

5º PRIMARIA